

y fragante olor de su cuerpo de joven, no podía ser otra que Celina.

No la Celina maldita y perversa que le había perdido, sino la Celina de otro tiempo, risueña y alegre, casta y pura, la Celina tan esbelta y tan linda, con su vestidito de lana, tan sencillamente coqueta bajo su bellísima gorra de flores.

Y, dominado por esta ilusión, no pudiendo resistir ya más, arrancó todo, el chal y los pañuelos de seda, el coberter y el velo, y Ursula se le apareció dormida, con la sonrisa en los labios, el seno palpitante, y haciendo batir sobre sus ojos velados las alas sedosas de sus pestañas.

El efecto del narcótico estaba próximo á su fin, había desaparecido la palidez livida. Un ligero matiz rosado había invadido las mejillas y el cuello. Los labios entreabiertos dejaban ver tras de su coral húmedo el brillo esplendente de los dientes, á través de los cuales pasaba embalsamado y apacible como el de un niño, el hálito suave de su sueño.

Y Jacquemin extasiado unió las manos y exclamó:

— ¡Celina! ¡Sí! ¡ciertamente es Celina!

El coche se detuvo. Había atravesado una verja pintada de verde que, detrás de él, se había vuelto á cerrar. El cochero saltó de su asiento y vino á abrir la portezuela del coche. Jacquemin reconoció entonces en él á nuestro amigo Clemente.

— ¡Vamos, vamos, pronto! dijo este. Pásame la niña. Las drogas del doctor sin duda hacen dormir muy bien; pero una buena cama suave y blanda descansa más. Además, no tenemos tiempo que perder; es menester que dentro de una hora estemos en París.

Jacquemin obedeció sin chistar. No vivía ya, ni pensaba tampoco. ¡Cómo! durante toda una noche había tenido su sueño, su sueño de amor en sus brazos, y ahora iba á perderlo, á dárselo á otro.

Porque ya no lo dudaba, José amaba á Ursula. Si no la amaba, ¿por qué todo ese interés que le parecía la mostraba? ¿por qué ese misterio? ¿por qué ese rapto?

Por otra parte, así es cómo raciocinan todos los enamorados. Ursula no podía ser vista sin ser amada; luego José amaba á Ursula.

Y si esta idea fija no se hubiera apoderado de antemano de la convicción de Jacquemin, lo que estaba destinado á ver en esta madrugada debía evidentemente hacerla nacer.

La puerta de la casa, un encantador chalet exteriormente guarnecido de enredaderas y parrales vírgenes, se había abierto, y una linda mujer joven, muy envuelta en un chal de abrigo, se adelantaba velozmente hacia el coche.

— ¿Y bien? ¿y bien? preguntó según venía corriendo, sin gran cuidado de dejar mojar sus lindos pies en los céspedes que chorreaban rocío.

— ¡Y bien! gritó gozosamente Clemente, héla aquí. Hé aquí á nuestra princesa arrebatada de las garras de esos malvados truchimanes. Por ahora, la princesa solo tiene necesidad de una cama bien calentada.

— Todo está pronto. ¡Pobre chiquita! ¡ha debido tener mucho frío!

Y la linda madama Rozel, pues era ella misma, se inclinó sobre la frente de Ursula y la besó.

— ¡Ay de mí! ¡ay de mí! pensaba Luis Jacquemin, ¡es á su hermana á quien se la confía! ¡es prueba de que la ama!

— ¡Mejor que mejor! se decía ahora, tú no la has merecido, tú; tú no has merecido semejante felicidad. José tiene un gran corazón, es digno de ella, y ella lo sabe bien, puesto que soñaba con él.

Pero una resolución nueva y mejor se apoderaba de él.

Y con la frente inclinada, dominando su amarga tristeza, llevó á Ursula hasta la casa.

Cinco minutos después, volvía á salir en compañía de Clemente, que se sonreía al verle tan triste.

— Vamos, mozo, ¿en qué piensas?

— Pienso, respondió Jacquemin, que hay personas que tienen la suerte de haber sido siempre animosas y honradas.

— ¡Ah! ¡bah! exclamó Clemente. Dios es bueno. El arrepentimiento y pesar de las faltas, la buena voluntad de obrar mejor, hé ahí la llave del Paraíso... Y repitió mirando de soslayo á la casita: — Piensa bien en esto, Jacquemin, allí está la llave de todos los Paraísos.

Y volviendo á encaramarse en el pescante, el buen Clemente cantó:

En la casa mujer buena,  
Con tez de rosa y tez de lirio,  
Buena conciencia en el alma,  
En su hogar un fuego limpio.  
El que en la tierra tal tenga  
Vivirá en el Paraíso.

## IX

## LAS INVESTIGACIONES DE M. GIGANT.

Al siguiente día del en que ocurrieron los acontecimientos relatados en los capítulos precedentes, había gran consejo en el gabinete de la dirección de la calle del arrabal Montmartre.

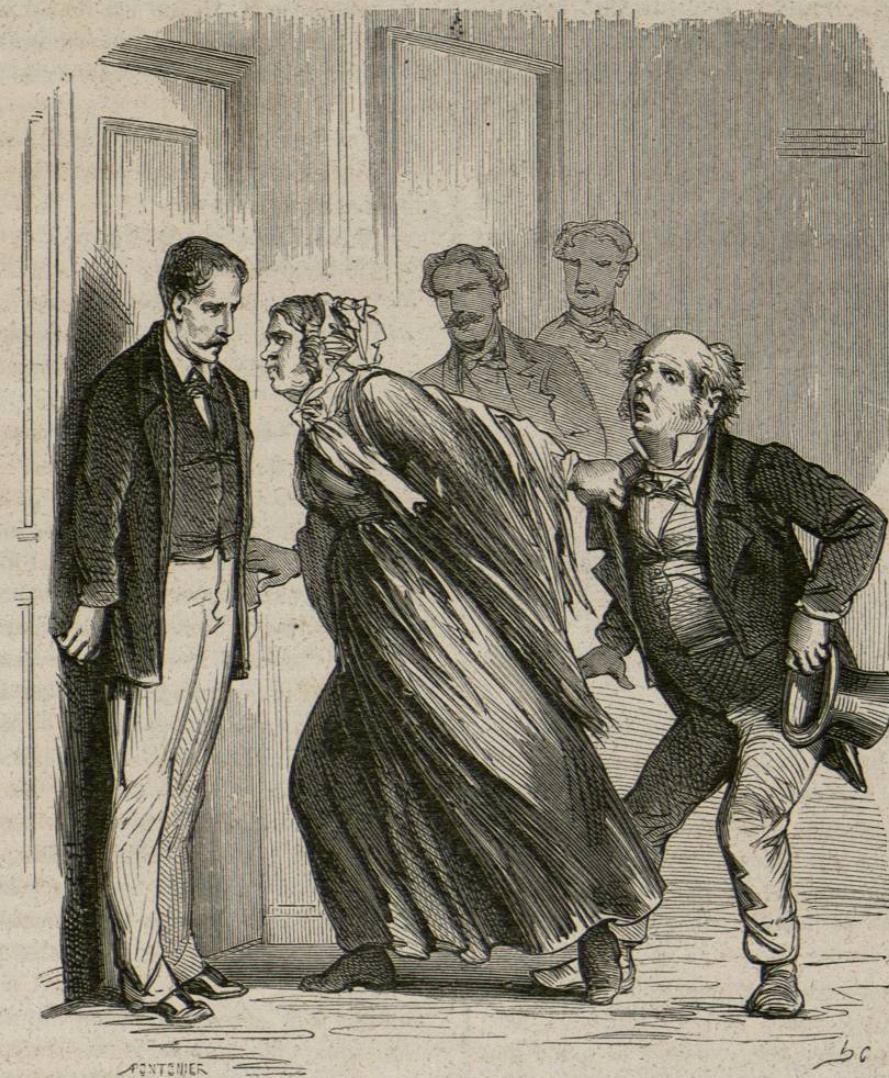
Los tres jefes de la asociación, M. Gigant, Toinon y el coronel Fritz, estaban reunidos allí.

El coronel Fritz tenía que comunicar á sus asociados noticias importantes, pero nada halagüeñas: la de la desaparición de madama de Puysaie, y por consiguiente el rompimiento del casamiento de Cipriana;

Toinon tenía que dar cuenta del resultado de su misión en casa de la Pippione;

M. Gigant dió razón del rapto de Ursula.

Este rapto, que había juzgado de utilidad secundaria, ad-



La cólera de madama Gosse.

quiria grande importancia después de la fuga imprevista de madama de Puysaie.

Era ya absolutamente necesario el mantener á Loredano en su primitiva resolución hasta que su mujer fuese hallada de nuevo, y para conseguir este objeto, era menester, á todo trance, el concurso de Nini Moustache.

Este concurso estaba asegurado mientras que M. Gigant tuviese á Ursula en su poder y lejos de su hermana.

Por eso, este hombre hábil se felicitaba cada vez más de una precaución que no había tomado sino á todo evento.

No se disimulaba la gravedad de la noticia traída por el coronel, pero nada estaba perdido mientras que hubiese seguridad en la persistencia de M. de Puysaie, y esta persistencia no era dudosa tampoco, en tanto que ese cerebro débil y vacilante tuviera cerca de sí dos consejeros como Nini Moustache y el coronel Fritz.

Esto no era, en suma, más que un descalabro transitorio,

un negocio de tiempo y de paciencia. Una mujer del rango y de la fortuna de madama de Puysaie no desaparece sin dejar huellas; el conde removerá indudablemente cielo y tierra para volverla á encontrar, y los tres asociados se prometían *in petto* hacer por su parte todos sus esfuerzos para que su pesquisa no quedase inútil.

M. Gigant y el coronel iban á discutir los medios conducentes para llegar lo antes posible á este resultado, cuando fueron interrumpidos por el ruido de una disputa en la antesala.

Se hubiese dicho que los empleados se interponían para cerrar el paso á algún visitante indiscreto, y que una voz sobreaguda, una voz de mujer irritada, dominaba el tumulto.

— Os digo, gritaba la voz, que está ahí y que entraré.

Y en efecto, la puerta se abrió de par en par, apareciendo la cara purpúrea de madama Gosse.

Al lado de ella, arrastrado por el cuello de su levita, que apretaba con mano fuerte y vigorosa, estaba el pobrecito M. Gosse, avergonzado, contrito, y revolviendo entre sus manos humildes los ribetes de su sombrero pardo.

— ¡Vamos pronto! gritó la mujer ventruda, empujando al « lobo querido » de una manera tan violenta, que fué á tropezar hasta la mitad del cuarto.

Y volviéndose con aire altivo y arrogante hacía el empleado de la antesala :

— Yo os decía bien, añadió, que estaba aquí y que entraría.

Luego la temible partera, poniéndose en jarras en actitud de combate :

— Y ahora, exclamó, ¿no es á mí á quien se cuentan cuchufletas! ¿Dónde está Ursula?

M. Gigant presintió un nuevo descalabro.

— Vos lo sabeis, respondió, tan bien como yo.

— Sí, sí, respondió la marimacho, os veo venir con vuestras raterías cosidas con hilo blanco; pero si creéis hacerme comer gato por liebre con vuestras apariencias hipócritas, os engaños, mi querido señor... No se me hace á mí ir así de la ceca á la meca.

— Nadie tiene intencion de hacer eso con vos, mi buena madama Gosse, y...

— ¿Y para eso se me ha hecho montar en un coche que me conduce de una tirada á Chatou? exclamó madama Gosse en el paroxismo del furor; me hacen pasear toda la noche á través de los caminos, so pretexto de acompañar á Ursula yo no sé á dónde. En Chatou, nada de Ursula; en mi casa, nada de Ursula tampoco. Y véase qué encuentro, á mi vuelta, á este señor ébrio como una uva, durmiendo la mona de su cerveza ó de su vino sobre el tapiz. Pero yo quiero que se devuelva á Ursula, ¿comprendeis? He tenido á bien hasta este día prestarme á vuestros misterios, pero volver á ser vuestra cómplice para conducir al mal á una jóven virtuosa, á fé de Gosse, no lo permitiré: yo no cómo de ese pan. En una palabra, no saldré de aquí sin Ursula, ó sin saber lo que ha sido de ella.

Y muy sofocada por esa larga tirada, encendida de ira, madama Gosse se sentó, para demostrar que estaba bien dispuesta en efecto á permanecer allí hasta el juicio final, si era necesario.

— Pero ¡por Dios! explicaos. ¿Ursula?...

— Sí, sí, haceos el inocente: Ursula ha sido víctima de un raptó, ¡pardiez! y el diablo sabe á donde la habeis hecho llevar, mientras que vuestro coche me conducía á todo trote hacía Chatou. Contábais sin la huésped, os lo prevengo, y contareis dos veces.

— Pero ¿arrebataada por quién? exclamó M. Gigant. Pues yo os doy mi palabra que todo debía pasar como había sido convenido entre nosotros, y que si Ursula no ha marchado en vuestro mismo coche, ignoro lo que ha sido de ella. — ¡Vamos! ¡ vamos! — tengo tanto interés como el que mas en que todo se aclare: reunid bien vuestros recuerdos, encontraremos una indicacion que nos permita hallar su nueva huella, y os juro que seré el primero en hacer

todos mis esfuerzos para volver á encontrar á Ursula y devolvérosela.

El acento de M. Gigant era de tal sinceridad, que madama Gosse no pudo dudar un solo instante de la veracidad de su afirmacion, y por eso replicó con un tono muy dulcificado :

— ¿Qué quereis que os diga yo? Nada mas sé sino que me dormí en el coche y que esta mañana me he despertado en el puente de Chatou.

— ¿Y sola? preguntó M. Gigant.

— Absolutamente sola.

— Y ¿cuándo habeis vuelto á Paris?...

— A eso de las ocho, repuso madama Gosse.

— ¿Ursula no estaba ni en vuestra casa ni en la de la Pippione?

— Ni en su taller, puesto que he pasado por allí al venir aquí. Nadie la ha visto desde anoche.

— Entonces, continuó M. Gigant pensativo, eso consiste en que alguien se mezcla en nuestros negocios y tiene interés en embrollarlos. Pero ¿quién? Escuchad, madama Gosse, prosiguió despues de un instante de meditacion, no divulguemos todavía este negocio, pues una indiscrecion haria quizás nuestras investigaciones vanas. Volved á vuestra casa, preguntad, tratad de saber por Chinela lo que pasó ayer en el cuarto de la Pippione; y si sabeis algun pormenor, participádmelo en seguida. Yo, por mi parte, voy á ponerme en accion, y espero antes de esta noche poder daros noticias de Ursula. Hasta entonces conceptúo que es bueno que no llameis la atencion sobre su desaparicion; encontrad una explicacion cualquiera á su ausencia, la primera mentira que os ocurra, aquella por ejemplo en que habiamos convenido juntos, y á fé de Gigant os prometo volverla á encontrar.

Durante toda esta conversacion, M. Gosse habia permanecido sumergido en una atonia singular. De tiempo en tiempo lanzaba á su esposa irritada una mirada humilde que habria enternecido á una roca; pero ella, temiendo dejarse conmovir quizás, volvía la cabeza al otro lado; entonces M. Gosse, desesperado, tamborileaba con abatimiento en el fondo de su sombrero.

El pobre hombre tenia clara conciencia de la enormidad de su falta y temía sobre todo verse frente á frente con su « bebella adorada. »

Por la mañana, atormentada por su incertidumbre sobre la suerte de Ursula, apenas habia tenido tiempo de darle algunos mojicones; pero á esta hora ¿con qué reproches demasiado merecidos no iba ella á abrumarle?

Y laboriosamente, el grueso lobo, que no se sentía ya « querido », buscaba un medio de escapar de esta escena inevitable. Y si, al fin y al cabo, no fuera mas que una escena, se hubiese resignado bastante fácilmente; pero entreveía para el porvenir una serie de reconvenciones y de privaciones infinitas; no mas platitos de dulces delicadamente preparados por las manos gorditas de madama Gosse, no mas paseos ni comidas en el campo los domingos, no mas pesetas en el bolsillo. Adios todo eso y muchas otras cosas.

Y en la prevision de este lamentable porvenir, el pobre M. Gosse exhalaba suspiros capaces de hacer mover molinos de viento.

Pero la ingrata madama Gosse fingía no apercibirse de ello, y así es que, con el tono de un carcelero de melodrama que conduce un prisionero al calabozo, le gritó :

— ¡Vamos! ¡venid! hombre malo.

Por lo que hace á M. Gigant, despidió con el gesto á Toignon y al coronel Fritz; tenia necesidad de reflexionar sobre este incidente. Solamente los necios creen de pronto en la casualidad, y M. Gigant no era un necio. Por eso no la admitía sino en el último extremo. A pesar suyo, una conexion se establecía en su mente entre la desaparicion de madama de Puysaie y la de Ursula. Esta doble jugarreta opuesta á sus planes con cortos dias de distancia debía ser obra de un antagonista desconocido. ¿Quién era este antagonista? Era menester saberlo á toda costa.

¿Quién podia interesarse en romper el casamiento de Cipriana? ¿quién podia interesarse en la suerte de Ursula? — A esta doble cuestion, M. Gigant no encontraba mas que una respuesta, mas que un nombre: Nini Moustache.

Nini Moustache, cuya hermana era Ursula; Nini Moustache, que no le habia ocultado la repugnancia que experimentaba en mezclarse en la ruina de Loredano.

Pero M. Gigant conocía muy bien á Nini Moustache y la creía incapaz de haberse atrevido á oponerse de un modo tan audaz á sus proyectos.

No importa, era menester saberlo, y M. Gigant escribió una breve esquela dirigida á Nini Moustache.

En seguida de escrito este billete, y confiado á uno de sus jóvenes empleados, con orden de apresurarse á entregarlo, se sintió mas tranquilo.

Habia sido quizás algo ligero en alarmarse tan pronto. Madama de Puysaie (y esta era la explicacion mas natural) habia podido, sin consejo de nadie, procurar librarse por la fuga de la tiranía de su marido y de la del coronel.

Por otra parte, ¿qué cosa mas natural que el que Celina hubiese tratado de sustraer á Ursula de la tutela amenazadora de M. Gigant?

Ciertamente que la coincidencia de estos dos acontecimientos simultáneos podia parecer singular y aun extraordinaria; pero un acuerdo entre Nini Moustache y la noble condesa Hortensia de Puysaie era mucho mas inverosímil aun.

Quedaba la tercera hipótesis, la de un ser desconocido, enterado de todos los planes de M. Gigant, y trabajando sordamente en contrarrestarlos.

Admitida la posibilidad de la existencia de este ser, M. Gigant sospechó primeramente de sus dos cómplices, el coronel Fritz y Toignon.

Ellos dos solos conocen claramente su objeto y los medios por los cuales contaba llegar á conseguirlo.

¿Era uno de ellos, por casualidad, ese antagonista misterioso?

A los tres minutos de reflexion, M. Gigant absolvió completamente al doctor. Además de su notoria necedad, el

pobre hombre tenia ciertamente demasiado miedo del buen amigo Hércules para intentar jamás entrar en lucha con él. ¿El coronel?

¡Ah! este era un adversario mas serio; tenia la audacia, la habilidad, el valor, y además estaba en el corazon de la plaza.

M. Gigant se habia resignado de antemano á un conflicto inevitable con él el dia en que se tratase de repartir el bollo, pues no dudaba que la intencion del coronel fuese idéntica con su propia intencion, es decir, no repartir nada y guardárselo todo.

Pero para guardar era menester primero tener. Sin casamiento, los millones de Matifay quedaban fuera del alcance de M. Gigant; luego tenia un interés igualmente suyo en que Cipriana se casara con Matifay; luego, la fuga de madama de Puysaie no podia imputársele.

Este razonamiento estaba demasiado bien fundado para no satisfacer el espíritu lógico de M. Gigant; no era por la pista del coronel Fritz por donde debía de buscarse el obstáculo, si es que lo habia.

Pero entonces ¿dónde?

— ¡Ah! ¡bah! se dijo, cansado de reflexionar en balde, ya veremos bien. Tanteemos primero á Nini Moustache; si es ella quien ha dado el golpe, yo lo adivinaré en su actitud, ó seria sino una cómica mas sagaz y astuta de lo que yo creo. Si no... bien, su instinto de mujer y de hermana me dará una indicacion mas certera que todas las suposiciones que yo pudiera hacer.

¡Esperemos!

M. Gigant no esperó largo tiempo. — Media hora no habia trascurrido, cuando el jóven empleado abrió la puerta del gabinete diciendo:

— Aquí está.

Y Nini Moustache entró como un huracán.

— ¡No es ella! pensó M. Gigant; no se hubiera apresurado tanto á venir á sufrir un interrogatorio. ¿Quién sabe, no obstante? El diablo es astuto y la mujer mas aun. Pero ¡yo soy mas fino que la mujer y el diablo juntos!...

— ¿Qué me habeis escrito? exclamó Nini Moustache en seguida que cerraron la puerta; ¿Ursula?...

— Ursula, respondió friamente M. Gigant, Ursula ha desaparecido.

— ¡Desaparecido!... ¡entonces es pues muy cierto! — La pobre muchacha se retorcia las manos con una angustia indecible. — ¡Oh! mirad, M. Gigant, lo que haceis es infame. ¡Me habiais prometido ayuda y proteccion!... ¡á qué precio, Dios mio!... ¡y hé ahí el fruto de vuestras promesas!... ¡Ya me lo habian dicho, que vuestra palabra era vana y que hacia muy mal en hacerme vuestra esclava para tratar de enterneceros con mi sumision, y que un dia me hariais traicion!

— ¡Ah! ¿le han dicho eso? pensó M. Gigant; pues á ese tal que se lo ha dicho es menester conocer.

— ¡Y yo, loca de mí, no queria creerlo, pensaba que os quedaba al menos la probidad de la palabra jurada!... ¡Ah! ¡loca, loca de mí! y hé aquí ahora mi pobre hermana per-

vida por culpa mía. ¡Pero no esperéis engañarme todavía, Ursula ha desaparecido para mí, sí; pero no para vos, y todo me confirma, todo me prueba que el raptor sois vos mismo!

— ¡Yo! exclamó M. Gigant encogiéndose de hombros; ¡y yo sería el primero en advertirte, á riesgo de empujarte á alguna extremidad que comprometería mis negocios!... Vamos, vamos... tú desatinas, hija mía.

— ¿Y sé yo cuáles son vuestros planes oscuros, y hácia qué fin infernal caminais, y si la pérdida de Ursula no es necesaria á vuestro intento? ¿Sé yo si no queréis hacer de ella una esclava de vuestras intrigas como de mí habeis hecho? ¡Ella, mi Ursula, mi paloma blanca, sumerjida en la ignominia á que yo me veo reducida! ¡Oh! no, no, M. Gigant; sois muy fuerte y yo muy débil; ¡pero os juro que eso no será!...

M. Gigant no juzgó oportuno responder á este ataque ferroz, se encogió de hombros nuevamente y esperó.

— Vamos, prosiguió Nini Moustache, ¿qué es menester hacer para que me la devolvais? Se me ha dicho...

— Aquí anda algun duende, murmuró M. Gigant.

— Se me ha dicho que ese oro robado á M. de Puysaie, — el precio de mi infamia, mi parte de botín, — tratariais de quitármelo, y que para llegar á ese objeto me amenazariais con la ventura de mi hermana. Pues bien, ese oro lo traigo conmigo. Ahí tenéis los billetes de banco, el precio de la casa, las joyas y todo.

Y arrojó un voluminoso legajo sobre el bufete.

— ¡Tomadlo! Así como así, ese dinero me quemará las manos, y desde que he cedido á esa tentación infernal, ya no duermo. Pero ahora que ya no puedo nada para vos, ahora que ya no me queda en el mundo mas que el vestido que tengo puesto, dejaos enternecer. ¡Devolvedme á Ursula, devolvedme á mi hermana! y ¿quién sabe? quizás tenga el valor de perdonaros todo el daño que me habeis hecho.

Siempre el mismo silencio de parte de M. Gigant.

— Pero ¿qué os es necesario? ¿qué exigís? ¡Hablad! presentad vuestras condiciones. ¿Qué vais á reclamar de mí para imponerme semejante tormento? ¿Hay todavía algun otro á quien arruinar? ¿Es menester que vuelva á ponerme bella, que enjague mis ojos y que me sonría? Pues bien, sea así. Volveré á comenzar: suspiraré, reiré, cantaré; me llamarán todavía la loca Nini Moustache. ¡Oh! no temais nada, no me rebelaré, no perturbaré vuestros proyectos por mis escrúpulos necios; pero, por favor, devolvedme á mi hermana.

Ciertamente M. Gigant no era tierno; no obstante, á su despecho, ese dolor tan sinceramente aflictivo le conmovia, y con emoción casi verdadera respondió:

— Os juro que si la cosa estuviera en mi poder, os la devolvería sin condicion; pero ignoro absolutamente lo que ha sido de ella.

Nini Moustache se había arrodillado á sus piés; pero se levantó bruscamente:

— Está bien, dijo, y puesto que sois inclemente, yo sé lo que me queda por hacer.

Mientras habeis sido fiel á vuestras promesas, os he servido también por mi parte fielmente. Hacia mal, era cobarde, no por mí, sino por Ursula. ¡Imprudente! ¿creéis quizás sujetarme mejor quitándomela por segunda vez? — Adios, renuncio á salvarla: perdida hoy, perdida mañana, al fin debía serlo un día ú otro por vos, que ensuciais todo lo que toca vuestra mano. Pero acordaos, M. Gigant, que no renuncio á vengarla.

Vuestros planes no los conozco, pero los adivinaré, estad seguro de ello; y tened por cierto que entre vosotros y vuestro éxito siempre me encontrareis interpuesta.

Os he sido fiel instrumento, os seré también fiel enemiga, os lo juro; y si yo soy demasiado débil por mí sola, yo sé dónde encontraré ayuda tan omnipotente que os destruirá por completo.

Y sin esperar la respuesta de M. Gigant, sorprendido por este brusco cambio de tono, salió sin siquiera inquietarse de los billetes de banco que cubrían el tapete de la mesa.

— ¡Véte! ¡véte! hija mía, murmuró el hombre de negocios viéndola salir, tus dienteicos son muy débiles para morder en mi acero; en cuanto á los amigos con quienes cuentas, tus pasos me los darán á conocer... se verá si son mas temibles.

— No importa, continuó, quedándose pensativo, ya está la partida empeñada, *alea jacta est*. He perdido la primera jugada. Es claro que sobre ese *me han dicho* misterioso se funda toda su esperanza; que ese *me han dicho* es quien la ha predispuesto contra mí; que él es quien, en el negocio Puysaie, le ha inspirado esos escrúpulos de virtud que no hubiera encontrado enteramente sola en su conciencia. Pues bien, veremos á ese ser misterioso, pues sin duda alguna no pasará el día sin que vaya á contarle su bella algarada.

Al mismo tiempo que hacia estas rápidas reflexiones, M. Gigant había tomado su gaban, cuyo cuello levantó cuidadosamente; cerró la puerta de su gabinete particular, descendió las veinte gradas de la escalera é inspeccionó las aceras á derecha é izquierda.

Los pliegues de un vestido negro de seda penetraron en este instante en el pasaje Jouffroy. M. Gigant corrió vivamente en persegimiento de ese vestido, que le pareció reconocer, y se apercibió con satisfacción que no se había engañado.

Era Nini Moustache, Nini Moustache que iba hablando sola y siguiendo rápidamente la galería de cristales del pasaje.

Con paso tranquilo M. Gigant la siguió, teniendo cuidado de no apresurarse, de miedo de que se apercibiera de su espionaje, quedándose detrás para que ella no oyese sus pasos siguiendo á los suyos, pero teniendo cuidado también de no perderla de vista.

## X

## FUROR DE LEONA.

En la hora misma en que M. Gigant, Toinon y el coronel Fritz se daban cuenta mutuamente de sus trabajos, un conciliábulo del mismo género se reunía en casa de la bella Aurelia.

M. de la Cruz le refería, con todos sus pormenores, el rapto de Ursula y el de Pippione, trasportada por él al domicilio de madama Lamouroux; y la fiel Postel, que no era otra, nuestros lectores lo recuerdan sin duda, sino madama Jacquemin, oculta bajo este falso nombre para librarse de las brutalidades de su hijo Luis, le daba noticias de la condesa de Puysaie.

— La señora condesa, decía, ha llorado mucho el primer día, pero ahora la calma del *Refugio* ha descendido sobre ella; nuestras hermanas la han fortificado y consolado. Tiene confianza en vos como nosotras todas, y pone en vuestras manos no solamente su suerte, sino también la de seres muchos mas queridos, la de su marido y la de sus hijas.

— Está bien, dijo Aurelia. Tengo nuevas instrucciones que darle, voy á escribirla. Esperad un poco, mi querida Jacquemin, la llevareis mi carta, y cuento con vos para decidirla, en el caso en que las órdenes que voy á enviarle le parecieran demasiado penosas y difíciles de ejecutar; mientras tanto id con José, él también tiene bastantes cosas que deciros de vuestro hijo, y espero que las noticias que os dará os causaran placer.

Tendió la mano para despedir á José y á madama Jacquemin. Esta se apoderó de ella y la llevó respetuosamente á sus labios.

— Por todo lo que hagais por él, señora, sed bendecida.

Aurelia quedó sola en su tocador; en derredor de ella se desplegaban todas las flores delicadas del lujo; la seda y el raso hacían reflejar sus colores brillantes á lo largo de las paredes; en el tocador los frascos de oro y de esmalte, llenos de perfumes sutiles y raros, hacían jugar la luz en los ángulos de sus cinceladuras. En este sitio encantador todo hablaba á los sentidos deliciosamente enervados. Pero, pálida y desdeñosa, indiferente á todos los refinamientos de la riqueza en medio de los cuales parecía como una extraña reflexionaba profundamente.

En aquella hora estaba sola, podía dar libre expansión á su fisonomía, no tenía que representar ningún papel, odioso ó simpático. No era ya la suntuosa condesa de Monte-Cristo, ni la cinica Aurelia, ni la angelical madama Lamouroux; volvía á ser Elena. ¡Pobre Elena!

¡Nada ya de comedia! ¡Oh frente serena! puedes tomar las arrugas profundas de tu incurable, de tu inmortal tris-

teza; labios, no tenéis ya necesidad de sonrisa; tristes ojos que tanto habeis llorado, podeis conceder á la aridez de vuestra desesperación el consuelo de una lágrima.

Pero no, ¡desgraciada! vuelve á tomar la misión que te has impuesto, ponte de nuevo tu máscara indiferente ó irónica. ¡A tu papel! Tu tarea no está concluida. Olvida tus dolores, piensa en los de los demás.

Un ruido de voz se oyó al otro lado de la puerta. Aurelia reconoció el eco de Nini Moustache, y fué ella misma á abrirla.

— ¿Qué me queréis? dijo friamente.

Extenuada por la emoción y por la rapidez de su correría, Nini se había dejado caer, en cuanto entró, en un sillón. Esta pregunta la hizo brincar.

— ¿Lo que quiero? Que me des una prueba del poder de que te has jactado devolviéndome mi hermana. Hé ahí lo que quiero.

Aurelia se sonrió imperceptiblemente.

— ¿Tu hermana? Vete á pedirselo á M. Gigant.

— ¡Ah! ¡no me habia yo engañado! es él, verdaderamente él; pero tú me ayudarás, ¿no es así, Aurelia? Tú me diras dónde la ha ocultado, yo misma iré á buscarla, á arancársela á los raptos, y esta vez no la abandonaré, huirémos las dos muy lejos. ¡Oh! que venga á volverla á coger cuando yo la tenga entre mis brazos, contra mi corazón.

Esta súplica apasionada no pareció conmovir á Aurelia, y plegando desdeñosamente sus labios que mordió con sus dientes blancos:

— Tú has tenido mas confianza en M. Gigant que en mí, la respondi, á él es pues á quien debes ir á pedir hoy ayuda y piedad. En cuanto á mí, yo no te conozco.

— ¡Oh! es verdad, exclamó Nini Moustache arrodillándose, he sido cobarde desde el primer paso en la vida que tú me indicabas, y que yo te había prometido seguir, he vacilado, he flaqueado, te he vendido. ¡Oh! pero si eres realmente la que me has aparecido, la que me hizo oír palabras que parecían caer de una boca divina, tú debes ser celestialmente misericordiosa. ¡Oh! ¿qué hay de comun entre los rencores humanos y tú, que marchas tan alto y por tan encima de nuestros vicios? Sí, Aurelia, yo te he hecho traición, y he sido inmediatamente castigada muy cruelmente; pero si tú conocieras á ese hombre, y la energía de hierro bajo la cual me ha doblegado durante tantos años, tú me excusarías, tú me perdonarías. Me fascina, te digo. Delante de él no tengo ni voluntad, ni fuerza, ni ánimo, ni conciencia, ni nada. ¡Oh! pero ya he roto en fin el pacto, le he roto esta mañana misma y para siempre jamás; he amenazado á M. Gigant, me he atrevido á amenazarle. A esta hora, todo retorno hácia él es imposible, y vengo á tí, Aurelia, toda entera y de todo corazón. No obedeceré mas que á tí, no escucharé mas que á tí, yo me haré tu sirviente, tu perro, tu esclava, si me devuelves á mi hermana.

— Si yo te devuelvo á tu hermana, replicó Aurelia con la misma sangre fría implacable, desde el día siguiente me volverás á faltar como me has faltado. Jesús mismo fué renegado tres veces, y yo no soy Dios como él. ¿Crees tú que no